

Kenia no está en África, está en una asamblea

Sergio Trabucco Zerán

Universidad de los Lagos, Chile

0

Entramos al salón, estamos llenos de preguntas. No entendemos nada porque no estamos acostumbrados a otra forma de universidad. No estamos acostumbrados a otra forma de hacer universidad. Los indicadores nos han impedido pensar en otras posibilidades. Muchas y muchos de las y los asistentes han pasado siete años yendo y viniendo a seminarios entre Uruguay y Brasil. A este mismo seminario, pero en otro formato, al de siempre. Siempre ida y vuelta, siempre alternando la universidad anfitriona. Exponer, hablar, y, en el mejor de los casos, ser escuchados. Esta vez el dardo cae del lado de acá del mapa y nos encontramos, con nuestras dudas, llenos de incertidumbres, a orillas del Río de la Plata.

1

Entro a la Facultad de Artes de la UDELAR y como un niño travieso le pregunto a las personas en recepción, que dónde eran las asambleas. Lo hice a propósito, como una provocación. Se extrañan, no saben qué responder, me miran con sospecha como si me fuese a tomar el edificio. No saben de asambleas porque los estudiantes no están movilizados. Se miran entre ellas, me hacen muecas, mueven la cabeza de un lado para otro y dicen no, no hay asambleas. El seminario, digo resignado. ¡Ah! Es arriba, responden aliviadas.

2

Decido entrar a una asamblea y escucho a un asistente preguntar desesperado sobre cómo se iba a certificar su participación. Que si no se hacía acorde a los requerimientos de su universidad de origen hasta podían hacerle devolver el dinero para la ayuda de viaje que le había permitido estar aquí. Me aterra la idea del poder de un papel y de la burocracia, la que podía borrar al colega del mapa y hacerlo invisible si no se cumplía con el indicador, como si nunca hubiese estado, como si nunca hubiese venido, cuando él, hoy, está aquí. Una colega pide lo mismo, que su participación sea informada de una manera que permita evidenciar, a través de un certificado de la organización, que ella estuvo aquí, que ella trabajó aquí, que ella fue un aporte aquí, en este lugar a miles de kilómetros de casa. Pero el certificado debía decir lo que su universidad quería leer, no a lo que la habían invitado a hacer. Muchas preguntas. Muchas explicaciones y aún no arrancábamos con las asambleas. *La forma, siempre la forma*, dice cansada una de las organizadoras, quien, impaciente, intenta que alguien le cuente cómo estuvo el fondo de la discusión en el primer día del encuentro.

3

Una activadora intenta romper el hielo. El hielo no, el iceberg que había ahí en la sala, aún en obras, en la Facultad de Artes de la UDELAR. “Les invito a hablar con un extraño o una extraña”. Dijo muy contenta ella. Pero la palabra estaba sensible e inmediatamente se puso en tensión. ¿Qué es un extraño aquí? Preguntó una participante de Brasil. Yo le digo a mi hija que no hable con extraños, gritó una. A mi la comida me parece extraña, dice otro. Exquisito se dice en portugués, dice otra. *Bueno, hablen con un desconocido o desconocida*, sentenció la activadora, sin siquiera pensar el peso que tendría, a partir de ese momento, cada palabra.

4

Abro mi computadora y anoto, como una lluvia de ideas que van entrando a mis oídos, lo que ocurre en cada una de las cuatro asambleas que se daban cita en esa facultad:

La corporalidad.

Hacer visible lo invisible

Limpiar los ojos como educadoras para abrir los sentidos para la experiencia.

Venimos de una patria, no de un patria, entonces nuestra conexión viene de ahí.

La recolección como transformación para la generación de otras realidades.

Lo extraño no es lo mismo que lo desconocido

¿Cómo puedo pasar por un cernidor la palabra pedagogía?

El encuentro como elemento que se pone en conexión

Lo autobiográfico

La palabra cortada. Lo que está fuera del cuadro. El impulso por llenar lo que está fuera de la letra. Lo real v/s lo imaginario.

Pensar las preguntas que vienen antes, más que las respuestas que vendrán después.

5

“Imaginar juntos no es un lujo estético, es una urgencia política”, dice la frase que acompaña las asambleas. Estar juntos es negociar, es poner en común los acuerdos y desacuerdos. Es no tenerle miedo a la discusión. Es tomar decisiones en colectivo y pensarnos en otredad. Imaginar juntos es abrazar la diversidad, es reconocernos distintos y distintas, porque si bien, hay quienes se preguntan por qué hablar desde la herida y no cerrarla de una vez para que se vuelva costra, hay quienes entendemos que estar juntos para hablar de ser una maestra lesbiana en una escuela de Brasil, quien tuvo que ver videos en YouTube sobre bodas de mujeres para saber cómo comportarse en su propia boda, dice relación con encontrarnos desde nuestras heridas, dejando la sangre fluir, y entender que también, en este encuentro hay personas que vienen de contextos heridos, de una infancia herida, de un país herido, de una familia herida, de una casa herida, de un trabajo herido, de una pareja herida, de una vida herida. Por eso, la pregunta que lanzó Andrea resuena todavía en mí. ¿A quién escogemos para ser colocados en una posición de importancia y prominencia en nuestras aulas y en el arte?

6

Intentar comprender lo que decía el otro y la otra resultó ser la tónica del encuentro, y yo recordaba a Roland Barthes con su libro "Cómo vivir juntos". Portuñol era la palabra que más se repetía, seguida de *fala de-va-gar*. Nos traducíamos como podíamos para entendernos y siempre, todas y todos volvían a la pregunta acerca de cuándo van a hablar de sus proyectos. Y ahí estaba la organización nuevamente explicando que eso ocurrirá de una forma distinta a la acostumbrada, que se generarán dinámicas para conocernos, para entrar en confianza, instancias de presentación colectiva y luego vendrían preguntas, los objetos recolectados desde el origen y aquellos que tuvieron que meter en el sobre que les entregaron el primer día. Que será, entonces, desde dispositivos diversos desde donde se abordarán las palabras claves y las investigaciones.

Salir del objeto de mi investigación para dar paso a los sujetos en mi investigación, decían en una asamblea. ¿Cómo hago una investigación que no sea extractivista? Se preguntaron más de una vez en otra.

7

Otro tema de reflexión recurrente fue el cómo afecta el proceso de investigación en la comunidad. ¿Cómo la gente piensa las realidades, esas múltiples realidades? Las formas de producción académica hacen que sean poco accesibles y desde donde se podrían generar monstruos, dijo una persona. Javiera habló del cuidado y eso también fue un tema recurrente en las asambleas, así como los afectos, los cariños y la empatía.

8

Vuelvo al ruedo y abro mi computador para anotar lo que escucho de cada asamblea: *La investigación tiene que asegurar la preservación de la institucionalidad pública. Lo más urgente es compartir las preguntas colectivas. Las urgencias compartidas académicamente.*

La pandemia demostró que es posible seguir por múltiples caminos para resolver las urgencias y eso es vital para las investigaciones. El arte nos da la posibilidad de las diferencias.

Nuestras prácticas nos deben permitir siempre dudar de nuestras decisiones y de nuestras respuestas.

La agenda de lo urgente. La posibilidad de salirse de la agenda de lo urgente. Desde el espacio universitario/académico, hemos tomado el modelo de la ciencia de tener que dedicarse a "mejorar la condición del hombre".

Las y los investigadores debiesen reivindicar lo que es "leve como pompas de jabón".

9

Sigo recolectando ideas y preguntas de otros y otras:

¿Qué vamos a hacer como colectivo con todo lo que emerge de las asambleas para constituirnos como un cuerpo?

La posibilidad de hacer otra universidad, atravesada por lo colectivo, por lo sensible, por lo afectivo. (Me acuerdo de lo que dijo Javiera sobre el cuidado).

*El llamado es a que las fronteras no nos separen, nos unan.
La defensa de la educación pública, de la universidad, de ser profesor.
El vacío no es vacío porque siempre está repleto por algo intangible.*

10

Alguien dijo que “las heridas abiertas tienen que ver con cuestiones de género, algo que nos incomoda, que nos duele”, y me acuerdo de la intervención del compañero que viene de un país herido, y quien nos preguntaba, con total respeto y desde un lugar muy tierno, por qué hablábamos siempre desde nuestras heridas. Recuerdo su curiosidad por las heridas abiertas y su deseo de cicatrizar. Miro mi propia herida y empiezo a entender muchas cosas, me conecto con las compañeras y compañeros en las asambleas y me empieza a hacer sentido estar ahí. Miro con ternura mi entorno, la asamblea desde donde estoy tomando apuntes y me dan ganas de preguntar: ¿cuál es tu herida abierta? ¿qué tiene que ver tu investigación con esa herida? ¿cuál es nuestra relación con las heridas abiertas propias, ajenas, colectivas? No lo hago ahí, por lo que las lanzo acá.

11

Vuelvo al salón y al montón de preguntas. Vuelvo al primer día de nuestro encuentro y vuelvo a las preguntas, no a aquellas que surgieron de las asambleas, no me refiero a ¿Por qué las personas estamos aquí, conversando? ¿Cuáles serían las palabras para incorporar a la dimensión de la pedagogía teatral? ¿Qué hacemos con lo que vemos? Me refiero a la pregunta de Mariana: ¿hay alguien aquí con algún tipo de discapacidad? Yo estaba de frente al público y pude contar las manos que se levantaron, pero me llamó la atención una, la de arriba, una que estaba al fondo y que con orgullo decía yo, como si la hubiesen descubierto, como si le hubiesen puesto una luz encima, como si la hubiesen invitado a hacerse visible en la inmensidad de la invisibilidad que nos rodea. Ella estaba ahí, con su mano levantada diciendo yo, y lo hacía con orgullo, pero también, con emoción.

12

Le habían dicho que era tonta. Vivió en la calle. Fue diagnosticada con autismo nivel 2. Ella es parte de un grupo de investigación. Está estudiando un magíster y va a sacar el doctorado. A ella le hicieron creer que no valía nada. Ella estaba aquí y su nombre me recordó la importancia de estar aquí, no allá. Aquí y no en Chile, de donde yo vengo, aquí y no en Brasil, de donde ella viene, aquí y no en África, de donde viene su nombre.

13

“Uno no cambia el mundo, la educación puede transformar a las personas y las personas juntas cambian al mundo”, dijo Paulo Freire, quien apareció mucho en las asambleas. Si bien, él decía eso, yo le quise entender a mi amiga que “Los maestros no cambian el mundo, pero preparan a personas para que lo cambien”. Esa amiga fue la misma que pidió que dos personas se apunten para mediar en la asamblea. Kenia levantó la mano y ayudó dando la palabra y apoyando la dinámica. Se sentía orgullosa y desenvuelta en ese espacio seguro.

14

Me doy cuenta que, así como nos tuvimos que constituir en una asamblea hace dos meses para imaginar estos encuentros y donde tuvimos que negociar, entrar en acuerdos y desacuerdos, me enfrento con mi propia estructura, con mi propia noción de asamblea y entiendo el país de dónde vengo. ¿Puede una dictadura militar de hace cincuenta años seguir regulando nuestra forma de estar en comunidad? Y descubrí que sí, porque hasta las asambleas son verticales en mi país. Pienso esto a propósito de una serie de conflictos que hubo en una de las reuniones. Yo lo llamé pugna de poder, la compañera de la organización me dijo que no era eso, y que, además, en las asambleas ocurría aquello, que estaba bien, que todo lo que había ocurrido ahí era normal, que el hecho que la profesora mayor haya ocupado la palabra rabia, que haya golpeado la mesa, que haya dicho que en el encuentro hay una persona que organiza asambleas hace veinte años, todo eso era normal y que era esperable de un encuentro de este tipo.

15

Me doy cuenta que estoy aprendiendo. De repente me veo preguntando cosas cuyas respuestas eran siempre la misma: "eso lo decidirá la asamblea". De repente me encuentro con preguntas de otras y otros buscando cosas concretas, del tipo "cómo será el final de las asambleas", "qué hay que hacer ahora", "ordenamos las sillas de tal o cual forma", ante lo cual yo también respondía: eso lo verá la asamblea. No me deja de sorprender lo acostumbrados que estamos a que nos digan qué hacer. A lo acostumbrados que estamos a decir lo que hay que hacer. Empiezo una deconstrucción de mis saberes y haceres durante las asambleas y conecto con otros y otras en esa otra forma de hacer las cosas. Nos reímos y el humor empieza a ser una forma de solucionar los conflictos. También nos reímos durante las asambleas, encontrándonos en ese lugar.

16

Vi a personas molestas, incómodas. Vi a personas felices y vi a muchas personas llorar. Escuché a una madre investigadora decir que su hija le preguntaba si acaso hacía crucigramas en el autobús cada mañana de viaje a la escuela mientras ella leía los textos para el doctorado. Escuché a otra decir que así es la vida, que esa es nuestra realidad de mujeres investigadoras, que la vida es dura, pero esa así. Vi a mujeres abrazarse desde una sororidad hermosa, sentí la catarsis de muchas, la frustración de otras.

17

Me pregunté, en más de una ocasión, porqué callaban quienes nunca intervinieron. Me pregunto en qué pensaba mi compañera chilena durante su incomodidad en esa asamblea en la que el portugués se le hacía imposible. También, me vi y me reconocí muchas veces entre personas que habíamos entendido que hay otras formas de hacer universidad y también, me vi envuelto en una incertidumbre, que, lejos de asustarme, la abracé como forma de avanzar en la construcción de espacios relacionales amables, donde la contención y la co responsabilidad que da una asamblea, se presenta como una posibilidad de entendernos en común-unidad.

Esta experiencia me motiva a que sigamos construyendo instancias, desde el espacio de la universidad pública – la misma que hoy vuelve a la pelea por su financiamiento en épocas de discusiones legislativas en el Congreso de Uruguay – donde nuestros saberes, haceres y sentires sigan una lógica relacional amorosa y así, con una asamblea de pretexto y la horizontalidad como forma, nos sigamos encontrando para drenar la herida, abrazar la diversidad, hacer visible lo invisible desde las experiencia de los marginados y, tal cual decía el lienzo que alguna vez se colgó en Casa Mario de Montevideo, entendamos que “Sin universidad pública no hay infinito”, ya que es eso lo que permite que Kenia no esté en África, sino que aquí, junto a nosotros y nosotras, frente al río y cambiando el cauce de su propia historia, encontrando aquí, en el espacio colectivo de la asamblea, la misma que nos invita a hacer las cosas de otra forma, la fuerza para seguir transformándose y transformando, porque, a diferencia de lo que dijo Freire y mi colega, Kenia si tiene la capacidad de cambiar el mundo, mientras nosotros seguiremos formando a quienes algún día, lo cambiarán, sin perder de vista la necesidad de abrir más instancias como éstas, las que permiten que nos encontremos entre los continentes que se desprendieron del mapa para pensar en comunidad. Muchas gracias.

Montevideo, 7 de agosto de 2025

Sergio Trabucco Zerán

Agitador Cultural. Académico en el Departamento Arquitectura y subdirector de Arte, Cultura y Patrimonio en la Universidad de Los Lagos (Chile). Director Académico del Diplomado en Educación Artística (ULagos). Forma parte de los directorios de la Corporación Cultural Estación Mapocho (Santiago) y de la Fundación de Orquestas Juveniles e Infantiles de Chile. Es Licenciado en Comunicación Social y Periodista (Universidad de Chile). Máster en estética y teoría del arte contemporáneo y Máster en gramáticas del arte contemporáneo (Universidad Autónoma de Barcelona). Doctorando en Arte y Educación (Universidad de Granada).